



EL TRABAJO EN LA MINA: EL MINERO

174

La mina se compone de un entramado subterráneo de galerías oscuras y polvorientas, siempre revestidas de cierta dosis de peligro, en las que los mineros desempeñaban tareas de gran dureza física. En los primeros años cuarenta, para entrar a formar parte de la plantilla solo era necesario superar una revisión médica. El trabajador se incorporaba al proceso productivo desde el escalón más bajo de ayudante-minero y adquiría la pericia en el tajo, en contacto directo con el carbón. Los salarios eran míseros y las condiciones en que se extraía el carbón, muy difíciles. Los mineros acudían a las explotaciones de Val de Ariño, casi siempre a pie, desde los pueblos cercanos. El encargado anotaba los nombres, les entregaba la ración de carburo (que debía pagar el minero) y la rudimentaria herramienta, y ellos dejaban su ropa en un cuarto y bajaban al lugar de trabajo. El arranque del mineral se hacía a golpe de pico y con ayuda de la explosión de barrenos de dinamita, para a continuación afrontar la penosa labor de sacarlo al exterior, con vagonetas manuales o tiradas por caballerías. La mayoría de los mineros trabajaban casi desnudos y bebían agua que un pinche repartía por los tajos. Sin duchas, apenas se lavaban a la salida. La seguridad de las labores se comprobaba con métodos elementales, como el de recorrer las galerías con un candil

encendido para asegurarse de la calidad de la atmósfera.

En las décadas siguientes, la modernización de los métodos significó un cambio muy importante en las condiciones de trabajo (e incluso en la consideración social) de los mineros. Se trasladaban en camiones adaptados para viajeros, que seguían rutas establecidas. Al principio, vehículos anticuados y carreteras en mal estado provocaban frecuentes retrasos en el comienzo de la jornada. El minero encontraba ahora en los vestuarios guantes e indumentaria de trabajo (el equipo fue evolucionando: mono completo o traje de pantalón y chaqueta, botas de goma), que era utilizada según las variables condiciones del interior: a veces frío, y a veces mucho calor. A continuación se pasaba por la lampistería, donde se cogían la lámpara y una ficha que se colocaba en un tablón, lo que mostraba así el número de obreros disponibles y su categoría. El vigilante comunicaba la labor que correspondía realizar ese día y los mineros bajaban a la planta.

La organización de los trabajos y las categorías laborales estaban relacionadas con los métodos de explotación y con el grado de mecanización aplicado en cada momento. Durante los años sesenta, cuando comenzó a utilizarse el método de tajos convencionales de pasadas sucesivas, el personal de interior se distribuía en

cuatro grandes secciones: arranque o frentes de explotación (a cargo de picadores y barrenistas), preparación o avance de galerías (ayudantes, vagoneros, entibadores), mantenimiento mecánico y eléctrico, y servicios generales, como el transporte y el suministro de materiales. Cada relevo (había tres) tenía un responsable o vigilante, que revisaba los tajos y controlaba el estado de las labores.

La atmósfera polvorienta, una importante humedad y las corrientes de aire para ventilación, con sus bruscos cambios de temperatura, provocaban frecuentes enfermedades respiratorias. Podían sufrir lesiones como consecuencia del esfuerzo y a menudo accidentes leves, golpes con las herramientas o maquinaria y caídas. La labor más peligrosa era la de avance, por el uso de explosivos y porque nada sostenía el hueco recién abierto; el temor a los derrumbes era casi constante, hasta que los entibadores fijaban el techo y las paredes de la galería por medio de cuadros (en los primeros tiempos, de madera; luego, metálicos). Existía también el peligro reiterado de sufrir avenidas de agua e incendios producidos por la autocombustión del mineral. En los años 70 comenzó una auténtica revolución en cuanto a medidas de seguridad e higiene, que mejoraron sustancialmente las condiciones laborales.